



OBISPO DE CARTAGENA

ORDENACIÓN SACERDOTAL

CATEDRAL en Murcia, a 27 de junio del 2021

Excmos. Sres. Obispos,
Queridos vicarios episcopales, arciprestes, sacerdotes,
Saludo a los rectores de los seminarios San Fulgencio y Redemptoris Mater y formadores,
Tengo presente a los rectores de los seminarios de Guadix e Idiofa (Congo),
Religiosos y religiosas,
Un cordial saludo a los padres y demás familiares de los ordenandos,
Seminaristas mayores y menores de San José,
Hermanos y amigos.

Queridos diáconos: Álvaro, Daniel, Jaime, José Fulgencio, Miguel Ángel y Pablo, en esta solemnidad de san Pedro y san Pablo, adelantada para que caiga en domingo y pueda asistir un mayor número de fieles, vais a dar un paso de gigante en vuestra vida. Damos gracias a Dios porque, con serenidad, habéis permanecido firmes en la respuesta a Jesucristo en estos tiempos en los que hemos sido testigos de mucho sufrimiento. Hoy, por la imposición de mis manos, el Señor dará un giro nuevo, admirable y sorprendente a vuestra historia, por eso, estamos contentos y os felicitaremos de corazón.

La solemnidad de san Pedro y san Pablo nos ofrece la oportunidad de celebrar el fundamento apostólico de la Iglesia y nos asegura, por la predicación de las columnas de la Iglesia, que nos han contado lo que han visto y oído, que la Iglesia está verdaderamente cimentada en la piedra angular que es Cristo (cf. Ef 2,19ss). Recordad cómo Jesús llamó a Pedro, un pescador de Galilea, con sus fragilidades, pero que siguió a Cristo con la fuerza de la fe, hasta dar la vida por el Señor en Roma. Su figura es muy importante por voluntad del Señor, y san Pedro continúa siendo, en los obispos de Roma, el principio de la comunión y el centro de la unidad, que es la esencia de la Iglesia, tal como nos pidió Cristo. Pablo de Tarso oyó a Cristo en el camino y pasó de perseguidor a intrépido misionero del Evangelio. Es un verdadero ejemplo para todos al verle tan entregado a Jesús, a vivir para el Señor con el coraje de la fe, hasta el punto de decir: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). También, su martirio selló su vida para Cristo y su Iglesia.

Todos hemos oído al Papa Francisco decir que recemos por él, pues hay que hacerle caso, es nuestra obligación interceder por el Santo Padre, el Papa Francisco, para que pueda seguir cuidando la esencia de la Iglesia y se abran nuevos caminos para la evangelización. Para esto, las limosnas que los fieles dan en este día las entregaremos, como todos los años, para el servicio del ministerio del Papa.

En primer lugar, os quiero felicitar por haber superado este largo tiempo de ejercicio del diaconado, que ha sido para vosotros una oportunidad para seguir respondiendo a la llamada del Señor y madurando en el servicio. Ya veis, es una forma de entender que uno no se ordena porque «le toca», no, sino porque es necesario atender los procesos personales para favorecer el bien del candidato y de la Iglesia. Es verdad que esto ayuda a tener un conocimiento mayor de lo que te pide el Señor y ayuda a uno mismo en el itinerario de identificación con Cristo para llegar al servicio del santo Pueblo de Dios, con ilusión y con total entrega. Vosotros me habéis ayudado a seguir creyendo en la importancia de cuidar a los sacerdotes y os lo agradezco.

Precisamente en este día de tanta fiesta os puedo recordar lo que os dije hace poco en el retiro espiritual, que el fin de este proceso no es la ordenación sacerdotal, sino la santidad, ser santos sacerdotes. Que toda la vida será tiempo de respuesta y de conversión al Señor. Vosotros vais a estar en medio de un mundo vetusto y con demasiada carga de ideologías, indiferencias, intereses..., vamos, como lo llama el Papa: «Un mundo oscuro»; os vais a presentar, como David ante Goliat. Pero no temáis, no vais a estar solos, vuestro valedor y vuestra fuerza está en el Señor, solo en el Señor, y no caigáis en la trampa de pensar que no necesitaréis a nadie, como si fueráis superhéroes, porque todos sabemos que solos no podréis vencer las potencias del mal, recordad que eso se lo dijo Jesús a sus discípulos, cuando estos le contaron como fue la experiencia de fracaso en la primera misión, que les encomendó. De aquella aventura hemos aprendido que nuestra fuerza está en la oración y, también, como decía san Pablo VI a los sacerdotes en Bombay, en el amor. Es verdad, nuestra fuerza está en la fraternidad, en la fidelidad, en la cercanía, en el servicio, en la ternura, en la solidaridad, en la misericordia, vamos, en la humildad y sencillez, no en las grandezas... Jesús se retiraba siempre a orar. Del encuentro con el Padre se saca la fuerza para servir mejor a todos, no de nuestra voluntad, sino de la de Dios.

Queridos diáconos, no cantéis victoria todavía, no, que es ahora cuando comenzáis, estáis aún en la señal de salida, la victoria se podrá entonar cuando os hayáis familiarizado con la cruz y cuando hayáis subido a lo más alto del Calvario, como Nuestro Señor y, solo desde allí, podréis entonar himnos a Dios con la alegría humilde de haber sabido permanecer cerca de Él en oración en medio de las tormentas y turbulencias a las que os habréis enfrentado como sacerdotes y pastores desde la fe y desde la confianza; cuando hayáis batallado con el escudo de la fe, sin dejar a nadie sin vuestros cuidados. Al final sabréis que quien ha vencido es el Señor y vosotros habréis colaborado en la debilidad. No somos superhéroes, sino hijos que confían en su Padre Dios.

Una cosa sí os pido, como obispo y con la experiencia que dan las canas: que nunca perdáis los vínculos de la fraternidad y de la amistad con el presbiterio diocesano, que nunca os distanciéis de los sacerdotes, porque son vuestros hermanos, ni del obispo, que es el garante de la comunión. Abrid el corazón a los sacerdotes necesitados y aprended a olvidaros de vosotros mismos; «estad cerca de los enfermos, buscad a los que se aíslan, aprended de la sabiduría del anciano, sabiendo reír y llorar juntos...». ¿Quién dice que se aburre con la gran cantidad de hermanos con los que compartir alegrías y esperanzas? Esto es fruto también de la ternura de corazón que nos regala el Señor.

El Papa Francisco nos dice que no podemos pensar en ser sacerdotes fuera del Pueblo de Dios. Dios y la gente son los que ocuparán vuestro corazón y recuerda el Papa: «Si eres un sacerdote, sé un pastor». Para esto os han elegido, no para que vayáis buscando vuestros intereses, sino los del Pueblo de Dios. El Señor os quiere en vuestro sitio, con la

gente, con el pueblo que se os ha encomendado; no ir al trabajo por horas, sino estar con los que se os han confiado las veinticuatro horas del día y entre ellos... porque os los ha encomendado el Señor y ese es vuestro hogar, vuestro pueblo, vuestra vida, vuestro interés... El Papa nos pide que no debemos aislarnos de la gente.

Os encomiendo a la Santísima Virgen María y le pido por cada uno de vosotros. Mirad siempre a la Madre, porque en ella encontraréis el mejor regazo para vivir la ternura y la humildad para servir.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena